

Alboroto del campo mal regido,  
Que por prender un capitán valiente  
De veinte estaba sin concierto asido:  
Y que ni el golpe y peso de la gente  
Preso le da, ni su valor rendido,  
Teniendo á golpes su escuadrón deshecho,  
El valor conoció al heroico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso  
Sin causa hacer no sabe demasia,  
Apartar manda el vulgo bullicioso,  
Que aun preso el moro su furor temia;  
Y en grave rostro y término amoroso,  
El bullicio aplacando que crecia,  
Libre le pide en fe de caballero  
En sus manos se dé por prisionero.

Que el vida y honra le hará segura,  
Tanto como su espada y su braveza,  
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,  
Con que templó el gigante su fiereza:  
Llegando á conocer quien se asegura  
Por la noticia y voz de su nobleza,  
Que de un heroico príncipe la fama  
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño  
Conque el moro español fue acometido  
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,  
Que todos por su culpa han recibido:  
Y aunque la herida del mandoble extraño,  
Que al agresor partió le ha enternecido,  
La razón misma le hace que atribuya  
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento  
De la traición pasada habían sobrado,  
Y la sembrada fama por el viento  
De lengua en lengua han hasta allí llegado,  
Celebrando al autor del vencimiento,  
De todos conocido y admirado,  
Por aquel espantoso brazo fiero,  
Que por contrario le tenían primero.

Uno la muerte dada por su mano  
Al brutal Arganzon relata y cuenta,  
Otro el golpe feliz que al rey pagano  
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:  
Este de Arleta pinta el bulto enano,  
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,  
Y juntos todos el común provecho  
Del golpe heroico por su espada hecho.

Y como en libertad la infanta puesta,  
Y el enemigo campo destrozado,  
Libre y salva tomó por la floresta  
El camino mas breve, y mas guardado:  
Con que trocada ya la guerra en fiesta,  
Porque en el horizonte arrebolado  
Con el postrero resplandor queria  
Dar á la noche su lugar el día;

Alojándose el resto de la gente  
Por la vecina selva, el noble infante,  
Con guarda y compañía suficiente,  
Y el moro aragonés, fueron delante,  
Al castillo del paso de una puente,  
A pasar de la noche lo restante,  
Y tomar por allí camino breve,  
Que otro día á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones  
Conque el navarro rey trató el engaño,  
Y las nunca pensadas ocasiones,  
Que suyo hicieron el ajeno daño:  
En gusto iban hablando los varones,  
Cuando el bosque sonó en rumor extraño  
De armas templadas, que á sus golpes fieros  
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercebidos,  
Por saber cuya fuese la batalla,  
Que entre los pardos árboles metidos,  
Tras cada mata piensan encontralla:

Suenan las armas crecen los ruidos,  
Y nadie lo que todos oyen halla,  
Cerrándose la noche mas obscura  
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso  
Entre ciega espesura van errando,  
Creciendo del ruido belicoso  
La grita aquí y allí de cuando en cuando:  
Ferraguto con pecho mas brioso,  
O con mayor desgracia, esprimentando  
La del brioso caballo en que venia,  
El camino perdió, y la compañía.

Y engañado del son en que resuena  
Del ciego bosque el monte comarcano,  
De una alta cumbre de asperezas llena  
Un fuego descubrió en el verde llano:  
Volvió allá el freno, y por la selva amena,  
Siempre el confuso ruido mas cercano,  
Al fuego caminó, que parecia  
Que tambien como el sol se le escondia.

#### ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de si en el mundo, que es lo que significa el jayán vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de si, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan: como se ve en el encantamiento del jayán de alambre, y sus abispos. En el del medio fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázaros de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierta, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

#### LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Ferraguto perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento: quiere despenar el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayán bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre, y á Galirios, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galirios por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fabula del origen del delite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,  
A un temeroso escrúpulo aplicado,  
Se ha puesto en opinion, si es caso justo  
El de un moro llevar tan dilatado:  
Y celebrando su ánimo robusto  
Pasar por otros golpes, olvidado  
De no menor asombro y gallardía,  
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldán, de un Astolfo, de un Gayferos  
Graves sucesos, casos peregrinos,

Y del feroz Reynáldos, y Oliveros,  
Famosos hechos de silencio indinos:  
Encantamientos varios, golpes fieros  
De bravos héroes, y altos sarracinos,  
Que por su fama fueron de aquel mundo  
Dignos de mas lugar, que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento  
Los hechos celebrar de gente extraña,  
Sino es en cuanto heroico fundamento  
A esta victoria y célebre hazaña:  
Que por principio y fin de mi alto cuento  
El valor muestra de la invicta España,  
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra  
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos  
En su nacion, celebre los ajenos?  
Y ¿tratando de hechos valerosos  
Los mas olvide por contar los menos?  
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos  
Pechos de mas fervor y alteza llenos,  
Que nuestra España da en parto fecundo  
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,  
Canto tan numeroso, y voz tan grave,  
Que hacer pueda á sus hazañas suma,  
Y este mi intento comenzado acabe?  
¿Quién hay que á su valor llegar presume?  
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?  
O ¿quién no sabe la escelencia suya,  
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga  
Entrada en ella á una famosa historia,  
O ya á contar sus nobles hechos venga,  
O á hacer de sus ejércitos memoria?  
¿O bien con sus riquezas se entretenga,  
O su alta magestad haga notoria,  
Con que parece que la puso el cielo  
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfecto  
Y singular valor que la acompaña,  
¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto  
A mendigarle irá de gente extraña?  
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto  
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,  
Y hace creer que puedo en lo que intento  
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura  
A su patria usurpar lo que le debe,  
Y con torpe ignorancia y lengua obscura  
Contraria espada á celebrar se atreve:  
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura  
Hoy le hizo español, y que yo lleve  
La presuncion de serlo en la memoria,  
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura  
Al ronco son de espadas, que resuena  
Por la alta sierra, á quien la noche obscura  
De riscos finge y de malezas llena:  
Y al claro fuego en senda mal segura  
Al pié fue á dar de la floresta amena,  
Que entre sus verdes árboles y flores  
Majada era de un hato de pastores.

Aquí de hambre y sueño fatigado  
Bastante cena halló, y humilde cama,  
Que en la florida yerba recostado  
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,  
Donde en silencio se quedó olvidado,  
Hasta que del zenit la ardiente llama  
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,  
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.

El toledano príncipe, y su gente,  
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,  
Cada cual por camino diferente  
Se dividieron con un mismo engaño:  
Después diré la causa, que al presente,

Despierto el moro, busca el potro extraño,  
Que en regates paciendo por la selva  
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llévóle por cogello entretenido  
De rama en rama por el bosque ameno  
A una estrecha quebrada, en que metido  
Ponerse consintió el dorado freno:  
Saltó en la silla el moro, y divertido,  
Ni en azares repara ni ve lleno  
De desgracias el potro, cuya estrella  
Agüera cuanto halla, y cuanto huella.

Anduvo el día por la inculta selva,  
Ignorante y perdido en su camino,  
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva  
De aquel su comenzado desatino:  
Camina y anda, y mientras mas se enselva,  
Menos guía le queda y menos tino,  
Y menos gusto en ver cuan mal segura  
Hacia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta,  
Con que el seco rastrojo desvolvía,  
Perdida le dejó la corva punta,  
Que entre los surcos mas que el sol lucia:  
Falto de aliento, la color difunta,  
De cerro en cerro busca todo el día,  
Tal el descaminado Ferraguto  
Trastornando quebradas va sin fruto.

El sol entre las nubes del Poniente,  
Aunque con tibios rayos dilataba  
La misma sombra que calladamente  
De su errado camino le avisaba:  
Cuando yendo á enmendarlo vió presente,  
Donde un collado á un monte se humillaba,  
De un castillo la torre al cielo junta  
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda, y para allá camina,  
Deseoso de saber donde se halla,  
Y en tanto que anda mas menos atina,  
Sin camino, sin senda, ni encontralla:  
Pica el caballo, y corre á su mohina,  
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,  
Juzgando de la torre si la mira,  
Que él se está quedo, ó que ella se retira.

Perdió tras este afán lo que del día  
Hurtar le pudo al enriscado monte,  
Hasta que el soplo de la noche fria  
Todo el oro barrió del horizonte:  
Que sin trillada senda ni otra guía  
Los pasos le pusieron de Clarionte:  
A las grabadas puertas del castillo,  
Llamando en duda si querrán abrillo.

Cuando al hueco balcon de una ventana  
Su fiero aspecto descubrió un gigante,  
La barba y cara denegrida y cana,  
Al coloso de Rodas semejante:  
Y en ronca voz, aunque con habla humana,  
Alegre haciendo el áspero semblante,  
La causa pide á su venida incierta,  
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo  
De algun fingido trato peligroso,  
Que del gigante y su primer denuedo  
Cualquier término honrado es sospechoso:  
Cuando en los anchos patios bello enredo  
De damas se mostró en tropel hermoso,  
Que á recibirlo salen, y á librallo  
De las pesadas armas y el caballo.

Admirado de ver la hermosura,  
Y del castillo las pinturas varias,  
Que á pesar lucen de la noche obscura  
A cuenta de mil claras luminarias:  
Puesto el cuidado en la primer figura  
Que á la ventana vió, cosas contrarias  
Al sentido parecen verdadero  
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.



Así al que de repente abre los ojos  
A ver el techo de oro artesonado,  
Si antes le habían del sueño los antojos  
En lóbrega mazmorra aprisionado,  
Alegre mira en aire los enojos  
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,  
Y en la cuadra y sus galas deleitosas  
El diferente estado de las cosas.

Súbenle en varias lumbres á una sala  
De oro labrada toda y pedrería,  
Y á una cuadra de allí, que por mas gala  
De brocado entoldada parecia :  
A lo alto de sus bóvedas no iguala  
Del cielo la preciosa argentería,  
Cuando en las frias noches del invierno  
Mas lleno está de luces, y mas tierno.

En medio de la cuadra ardiendo habia  
En leones de oro un lecho de brocado,  
De nacar un bufete de atauxia,  
De olores finos, y de luz cargado:  
La vista el moro aquí y allí volvía  
De la gustosa variedad llevado,  
Y por un breve rato deste modo  
No miró nada por mirarlo todo.

No fue de Cleopatra la Jitana  
El capitan romano mas servido,  
Ni en mas ostentacion y pompa ufana  
De Faro en su alta torre recibido;  
Ni en la cuadra del cielo soberana,  
Donde Juno acaricia á su marido,  
Entran á le servir diosas mas bellas,  
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, y puesto  
Sobre su arnés un manto de escarlata,  
Bordada en él la historia de un apuesto  
Pastor, que con cien ojos se recata:  
Del fingido Mercurio, que dispuesto  
Ya de cerrarlos de una vez remata  
Su vida con su voz, que un doble trato  
Suele engañar á un Argos en recato.

Llegó una hermosa dama, que traía  
En fina porcelana real conserva,  
Que aunque de azúcar hecha parecia  
Con cuernos de oro alborotada cierva,  
Que en almibar nadando pretendia  
De la flecha huir la mortal yerba,  
Que en el cuerpo llevaba soterrada,  
Yendo así la verdad mas disfrazada.

«Señor, dijo la dama, aquel gigante  
Que hospedaros mandó, y es noble dueño  
Desta casa, y que á todos con semblante  
Alegre albergue da dulce y risueño;  
Mientras viene á servirlos con bastante  
Gusto de hacerlo así, como en empeño  
Del suyo, os ruega refresqueis la boca  
Con este dulce que á beber provoca.»

El moro al noble trato agradecido  
En corteses palabras le responde,  
Comiendo del regalo, que en olvido  
Sus males puso sin saber por donde:  
Sirviéndole tras ello un encendido  
Y suavísimo vino, en quien se esconde  
Tanta virtud, que en todas ocasiones  
Del alma olvida, y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto  
Del nectar que en el cielo se vendimia,  
Que del mundo inferior todo su agosto  
No llega aquí, ni alcanza su vendimia:  
No hay bien cumplido en él, todo es angosto,  
Finge contentos de oro, y son de alquimia:  
Si este le dura al moro, no hay recelo  
De que el dulce bebrage sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena  
Que el yerro le ha causado del camino,  
Y en un dulce reposo el alma llena

De los vapores del alegre vino:  
Cuando un sordo rumor de gente suena,  
Y en aparato y resplandor divino  
Cien ninfas van entrando por las salas  
De hermosos rostros, y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante  
Haciendo vienen magestad y estado,  
A quien del rico manto rozagante  
Diez dellas traen la falda de brocado:  
El cortesano moro con semblante  
Alegre á recibille fue admirado  
De su estraña fealdad, y la belleza  
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.

Tomó en frente del moro rica silla,  
Y hablando en varias cosas le parece  
El pomposo jayan sombra sencilla,  
Que cada rato en su estatura crece:  
La barba y cara cana y amarilla,  
Mirar su obscura altura desvanece,  
Que de la rica cuadra, desde el suelo  
Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,  
A vista de la górgona fiereza,  
En hinchazon hidrópica creciendo  
En la luna fue á dar con la cabeza:  
Donde por el gran peso retorciendo  
De la agoviada espalda la grandeza,  
No hay signo en el zodiaco ni estrella,  
Que no se pare á descansar sobre ella,

Es nuevo el caso, y como tal le admira,  
Y mas que todo la espantosa junta  
De las dispuestas damas, en quien mira  
Medrosos rostros de color difunta:  
Ora sea que en las luces se retira  
El bello lustre del matiz que apunta  
Al rosicler de la atezada cara,  
Cuando alumbra del sol la antorcha clara.

O que la obscura noche con sus olas  
Los vivos resplandores les empaña,  
O que del blando afeite en ellas solas  
El ordinario deslumbrar engaña:  
Al fin entre sus garbos y sus golas,  
La vista un no se qué de horror estraña  
Entre aquella hieldad, que aunque escogida,  
Rastro descubre de beldad fingida.

Suspense estaba en este asombro el moro,  
Cuando la horrible máquina que sube  
A herir con su alta frente el techo de oro,  
Deshecha huyó como aparente nube:  
Saliendo della un celestial tesoro  
A Diana semejante, cuando sube,  
Caido el velo ya que la encubria,  
A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante  
De su sombra nació una imagen bella,  
Tanto á su pensamiento semejante,  
Que viva pareció Galiana en ella:  
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,  
Vida le era el oilla, y gloria el vella,  
Cuando al gusto del vella, y del oilla,  
Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas  
Al alma por la vista abrian antojos,  
Cual cometas en luz de oro distintas  
Se huyen y van de los atentos ojos,  
Formando al aire unas doradas cintas  
De sutiles vislumbres y arcos rojos,  
Como á las nubes vuela en sus centellas  
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente  
Licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo,  
En tibio fuego, y luz resplandeciente:  
La sutil llama va el humor bebiendo,  
Acaba de enjugarle, y de repente,  
Sin negro humo ni sonoro estruendo,

En aire ya resuelta se derrama  
Del blando incendio la adorada llama.

Así aquella aparente hermosura,  
Que en humanas figuras se partia,  
Medallas de oro hecha la mas pura,  
Rayos de fuego sin quemar fingia:  
Cuya dorada luz, ya en sombra obscura  
Desvanecido, al aire se volvía,  
Cual relampago ardiente, cuyo fuego  
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa  
Con la aparente imagen de su gusto,  
Ciega la vista, la atencion confusa,  
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,  
Buscando á tanta novedad escusa,  
Y al nuevo engaño el fundamento justo,  
Y cómo de aquel bien en que se sueña  
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Parécete que viene, ó se le antoja,  
La bella toledana en su contento,  
Que aunque enojarse finge, no se enoja.  
Ni tiene á libertad su atrevimiento:  
Cuando en nueva se vió y mortal congoja  
Sobresaltado el ciego pensamiento  
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,  
La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fue el miedo tal, que despertó asombrado,  
Y en un valle se halló al pasar de un rio,  
Entre matas de adelfa recostado,  
Al cielo abierto, y al sereno frio:  
Tuvo por vano sueño lo pasado,  
Y si algo no lo fue, fue el desvario,  
Que aun despierto y con luz medroso sueña  
De la maga sagaz de Fontidueña.

Sube á caballo y desdenoso pasa  
Por medio el rio profundo, cuando el dia  
Alegre á coger sale de su casa  
Las mismas perlas que en las flores cria:  
Baja del monte á la campaña rasa,  
Y del bosque salió por otra vía  
Una ligera cierva, que llevaba  
Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,  
La que de azúcar vió de oro en un plato,  
Cuando á la luz de la delgada gente  
Cenar soñó, y tener de gusto un rato:  
Creyó aquello por sueño, y lo presente  
Por la verdad de lo que vió en retrato,  
Y así «sin duda esta corcilla brava  
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»

Síguela con sus perros una diosa,  
Que de la luz del sol pareció hija,  
Sobre una blanca hacénea vistosa,  
Que el viento la espolea y regocija:  
Conoció el moro á la princesa hermosa,  
Que amor le ha puesto en la memoria fija,  
La misma que al sabor del blando sueño  
Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrimale las piernas al caballo,  
Que de brioso no conoce espuela,  
Por correr tras su gusto y por gozallo  
En el gallardo brio con que vuela:  
Doce leguas corrió sin reportallo,  
Siempre llevando á vista la cautela  
De la corcilla y dama, que engañosas  
Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que al despeñarse á una quebrada  
Ligero se arrojó de los arzones,  
Pasando la feroz desenfrenada  
Bestia en ciegos traspies y tropezones:  
Volvióse el moro á pié, y de la cañada  
Al cubrir los estériles terrones  
La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,  
Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un leon brioso

Despedazada vió su blanca cierva,  
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,  
Cuando del prado en la florida yerba  
Ella garza se hizo, el leon furioso  
Presto neblí, que en diestra ala conserva  
La primera intencion, y á todo vuelo  
Dándole fue regates hasta el cielo.

La infanta que siguió por todo el dia  
La cierva que ya es garza en medio el prado,  
Un revuelto peñasco parecia  
En que ella y su caballo se han trocado:  
Dejó asombrado al moro lo que via,  
Y en duda si durmiendo, ó si encantado,  
Así ligero se le trueca y miente,  
Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusion desta maraña  
En un mágico cerco fingió Arleta,  
Desde que metió al moro en la montaña  
Del sordo ruido de armas inquieta,  
Hasta las sombras en que aquí le engaña,  
Por apartar de su alma á la discreta  
Galiana, y desterrarle de Toledo,  
Que tiene zelos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el estraño  
Y mágico aparato, ya hay quien diga,  
Que en el fingido alcázar ciego un año  
En su poder le tuvo, y fue su amiga:  
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño  
Tanto podia durar, ni la enemiga  
Maga mas le tuviera que aquel dia,  
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido  
Por cobrar se entretuvo á Clarionte,  
Y no pudiendo haberlo, desabrido  
Por la aspereza se emboscó de un monte:  
Y de una aldea en otra entretenido,  
Un dia cuando el sol de su horizonte  
Tenia la cumbre y el zenit del cielo  
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura  
Entre altísimos pinos caminaba,  
No lejos de una ciega gruta obscura,  
Que el claro Betis con cristales lava:  
A una tajada Peña, cuya altura  
Silla á las nubes en sus hombros daba,  
La ventura que ya otra vez le guia  
Cansado y sin pensar le sacó un dia.

Está un castillo en esta oculta Peña  
De un muro inespugnable rodeado,  
Entre el respaldó de una espesa breña  
Por mayor fortaleza incorporado:  
El rio que en duros riscos se despeña  
Por el uno le cerca y otro lado,  
Con una angosta senda y puerta estrecha  
De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo rio,  
Y el romper por los árboles el viento,  
Y de las aves con el blando frio  
El dulce son y sonoro acento,  
Templarle hizo á Ferraguto el brio,  
Y cansado de andar sin gusto á tiento  
Su quietud desear, que es caso feo  
No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna,  
¿Quién hay que con la suya esté contento?  
Envidia el Labrador la real fortuna  
Y el rey al Labrador su humilde asiento,  
El viejo al que gorgean en la cuna,  
El mozo lo que al viejo le es tormento,  
El soldado la paz que al monge encierra,  
Y el monge piensa hallar paz en la guerra.

Al que labró el castillo esto bastaba,  
Mas al moro del mundo es poco el resto,  
Que no cabe en el puño la mar brava,  
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto;



Esto el valiente capitan pensaba  
En una suspension sabrosa puesto,  
Cuando al silencio del atento oído  
De armas deshizo un bárbaro alarido.  
Del raudo Betis el cristal huyendo,  
Que en duros riscos abre ancho portillo,  
Del ronco acero el temeroso estruendo  
Al que escucha no da lugar de oílo:  
Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo  
Brioso sube al áspero castillo...

Después diré sus golpes, que ahora al fiero  
Dueño del firme muro decir quiero.

Esta alta fuerza hablaba peñascosa  
El antiguo Yucef, cuando decia,  
Que de Bramante el alma desdeñosa  
Loca de zelos conquistado habia:  
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,  
De aquí salia á robar, y aquí volvia,  
De insufribles desdeños retirado,  
Sin otra ley que la de un gusto airado.

Aquí de los enfados rebatido  
De la adorada infanta de Toledo,  
A vengar disfavores reducido  
De loco antojo y bárbaro denuedo,  
La tierra tiene y reino destruido  
De su escabrosa condicion el miedo,  
Corriendo un mismo riesgo en el camino  
El rey, y el remendado peregrino.

Cuarenta damas de las mas hermosas  
Que su crueldad halló tenia robadas,  
O en asaltos y guerras peligrosas,  
O con traidoras fraudes conquistadas:  
Estas le habian de asistir forzosas,  
De ricas telas de oro aderezadas,  
A un cruel servicio y débito ordinario,  
O con forzado gusto, ó voluntario.

Y por su antigüedad se iban llegando  
A su lado, á su mesa, y á su cama,  
Y no bien se acababa el día, cuando  
Puesta quedaba en libertad la dama,  
Y otra de nuevo en su lugar entrando,  
Para así alimentar la brutal llama,  
Y en este estilo por la injuria de una  
No perdonar la fama de ninguna.

Con las doncellas esta ley guardaba  
Bárbara condicion, soberbio intento,  
Con que á su torpe parecer vengaba  
Su injuriado arrogante pensamiento:  
De los que en cruel altar sacrificaba  
A un ídolo de humana sangre hambriento,  
Poblaba de reliquias las almenas,  
De sangre y tristes luminarias llenas.

Cada mañana hizo un sacrificio,  
Y cada tarde deslustró una dama,  
Sin dar segunda vista al torpe vicio,  
Ni proseguir dos noches una cama:  
La caza era de día su ejercicio,  
Y no de fieras, mas segun es fama,  
Por las selvas, caminos, y poblados,  
Caminantes cazaba descuidados.

Tenian la tierra despoblada y sola  
Sus asaltos y presas ordinarias,  
La mauritana gente y la española  
Puesta al rigor de sus traiciones varias,  
Que por vengarse de una dama sola,  
Todas quiso que fuesen sus contrarias,  
Y en este intento el sin lealtad tirano  
Al moro hacia igual con el cristiano.

Injusta presuncion, necio cuidado,  
Perder el propio por el gusto ajeno,  
Y pretender sin fe un amor forzado,  
Vacío de glorias, y de enfados lleno;  
Mas ya el aragonés moro, llevado  
Del ruido de armas por el monte ameno,  
Llegando fue á la temerosa roca,

Que con las puntas en las nubes toca.  
Por donde vió la senda mas trillada  
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,  
Entre dos firmes peñas asentada,  
De fuertes planchas de metal cubierta:  
Halló que por de dentro está cerrada,  
El aguardar que le abran cosa incierta,  
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,  
Cuanto mas se acercaba, mas crecia.

Por pardos riscos y quebradas peñas  
Como pudo se fue acercando al muro,  
Buscando entre las rocas y las breñas  
Para poder subir lugar seguro:  
Cuando al profundo río dos pequeñas  
Ventanas hechas vió en un mármol duro,  
Y en triste suspension á la una dellas  
En forma de mujeres dos estrellas.

De las dos conoció que era la una  
La bella Doralice granadina,  
Que como en cerco de oro blanca luna  
Su beldad resplandece peregrina,  
Dando en llorosos ojos de una en una  
Mil perlas sobre el agua cristalina,  
Con que el Betis soberbio al primer grano  
A enriquecer los mares corre ufano.

«Nunca creí que tierra tan fragosa  
Guardara, dijo el moro, tal riqueza,  
¿Acaso en esta roca venturosa  
Vive escondida al mundo la belleza?»  
Entonces de las dos la mas hermosa  
Con nuevo llanto alzando la cabeza,  
«No vive, dijo, en cárcel tan obscura  
Sino la misma muerte y desventura.

Huye, triste de tí, huye ligero  
La infame tierra y el lugar odioso,  
Sino te amarga el mundo venidero,  
Y como á mí el vivir te es enfadoso:  
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,  
Y con él los que el cielo ríguroso  
Por el castigo de sus culpas echa  
A morir en cadena tan estrecha.»

«Señora, dijo el moro, á los decretos  
Del justo cielo no hay defensa alguna,  
El toque y prueba de ánimos perfectos  
Son las contrarias vueltas de fortuna:  
Mas si deste castillo los secretos  
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;  
Que ver vuestro dolor me ha persuadido  
Poder serviros, y el favor que os pido.»

«El muro, dijo Doralice, es hecho,  
Cual veis, de argamasada piedra viva,  
No os pongais, caballero, en tanto estrecho,  
Buscad otra ocasion menos esquiva:  
El entrar por ahora es sin provecho,  
Y mucho el riesgo que la entrada os priva,  
Si ya con vos vinieran otros ciento,  
Aun fuera temerario arrojamiento.»

«En poca deuda os soy, respondió el moro,  
Pues mi honra os debe menos que mi vida:  
Dejadme entrar, que el cielo en quien adoro  
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.  
Si esos suspiros, si ese triste lloro,  
No son cual pienso en vos cosa fingida,  
A trueco de enjugar ojos tan bellos,  
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»

«Ya eso, le respondió la dama bella,  
A mas me obliga que á os negar la entrada.  
Si, lo que el cielo no permita, en ella  
Vuestra temprana muerte está guardada:  
Mas si con tanto gusto os vais tras ella  
Deshaced esta reja con la espada,  
Y tendremos al fin quien en tal pena  
A arrastrar nos ayude esta cadena.»

Así la mora dijo valerosa,  
No creyendo que el fuerte sarracino

Con la espada rompiera la espantosa  
Reja, y del duro acero el temple fino:  
Mas cual de cera azul pasta amorosa  
 Toda del primer golpe al agua vino,  
Y Doralice viendo el hecho altivo  
Temió que fuese Rodamonte vivo.  
Entró á un jardín vestido de frescura,  
Donde con otras vió la dama bella,  
Que en triste llanto envueltas y hermosura  
A su pesar se entretenian con ella:  
Contaronle el rigor de su clausura,  
El desgraciado curso de su estrélla,  
Las leyes del castillo en que se halla,  
Y por sospechas la cruel batalla.

De allí pasó, entre andenes retocados  
De resicleres, donde en golpes fieros,  
De treinta alarbes brazos rodeados,  
Se combatian dos bravos caballeros:  
Los almetes y escudos destrozados,  
Los bríos y los ánimos enteros,  
De ardiente sangre y de furor cubiertos.  
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,  
Que no quiere humillar su brazo fuerte,  
Y por no herirlos de dolor suspira,  
Y ellos por no poderle dar la muerte:  
Ferragut, que el notorio agravio mira,  
Por la canalla vil se entró de suerte,  
Que de su ira los rayos mas pequeños  
Verdades fueron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,  
Y del segundo al que tras del venia,  
Del tercero tambien cayó el tercero,  
Que al cuarto y quinto les sirvió de guia:  
El sexto hizo igual con el primero,  
Y el séptimo á buscar al sexto envia,  
Y al fin de las primeras diez heridas  
A sus piés derribó otras tantas vidas.

Y no el jayan con esto satisfecho,  
Llama lanzando por los ojos viva,  
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,  
Otro hiere, otro mata, otro derriba,  
Otro menudas piezas deja hecho,  
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,  
A este barrena, á esotro descabeza,  
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.

Cual rayo en nube ardiente congelado,  
Ya rebatido del contrario yelo,  
De roncós truenos y furor cercado,  
Rompiendo sale con su furia el cielo:  
Si de la roja mies fértil sembrado  
Tierno se ofrece á su violento vuelo,  
Las cañas arden, huyen los pastores,  
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano  
Pudieran proceder golpes tan fuertes,  
Ni que una limitada y mortal mano  
Diese en tan breve espacio tantas muertes:  
Y tú tambien, ó bárbaro inhumano,  
Que tu presente destruicion adviertes,  
De tu arrogante pecho el primer brio  
Tibio siente el calor y el fuego frio.

El bravo aragonés aun no cansado  
Del cruel destrozo que á sus piés tenia,  
Tras las flacas reliquias que han sobrado  
Cual lobo entre corderos discurría,  
Hasta donde el gigante retirado,  
Contemplando el estrago que hacia,  
Tal despecho y dolor en su alma siente,  
Que se deleita en ver morir su gente.

Cual de la ardiente Libia leon herido  
Del dardo cruel que el Nasamón le tira,  
En fuego de venganzas encendido  
La cola hiere, y con su herir se aira,  
Y al puesto y al lugar mas defendido

Con atrevidos pasos se retira,  
Y sustentando allí la inutil plaza,  
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.

Así el jayan de su furor llevado  
Al encuentro salió al moro valiente,  
Y ha de vengar en él determinado  
El sangriento destrozo de su gente:  
Y un corvo alfanje en alto levantado,  
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,  
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,  
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atrás desacordado,  
Dando traspiés del golpe recibido,  
Que á no ser cuerpo y armas encantado,  
Le diera en dos mitades dividido:  
Mas no tan bravo el escorpion pisado,  
Ni con tanta presteza deja el nido,  
Como el moro acudió á vengar su injuria,  
Mas del honor herido que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo  
Al descortés jayan dió tal respuesta,  
Que á pesar de su fino temple pudo  
Del yelmo hallar la relevada cresta:  
Y á no torcer la espada el filo agudo  
La vida en riesgo le dejara puesta,  
Que así entró rebanando, cual si fuera  
Por un delgado estaño, ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso  
Nada de su opinion el golpe fiero,  
Que antes volvió al combate peligroso  
Con mayor arrogancia que primero:  
Y un mandoble acertó tan poderoso  
Del limpio escudo en el grabado acero,  
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,  
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte  
Mortales golpes de uno y otro lado,  
De los dos el mas flaco y menos fuerte  
A su enemigo tiene acobardado:  
Cada cual quiere rescatar su muerte,  
O con ella alcanzar crédito honrado,  
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,  
Comprar la vida con la muerte ajena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,  
Y los pesados golpes dobla y carga,  
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,  
Y aquí la tempestad y allí descarga:  
Mas su contrario en uno se resuelve  
De averiguar por si brega tan larga,  
Y con reportacion templando el brio  
En mil no acierta á dar uno en vacio.

El suelo de armas y de horror cubierto,  
Y ellos por todas partes desarmados,  
Dando y sufriendo golpes sin concierto,  
De sangre están y de sudor bañados:  
Un tajo Ferragut en descubierto  
En uno le alcanzó de dos costados,  
Cuyo rigor y desigual destreza  
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho  
El rico arnés, con sola esta herida  
El agraviado reino satisfecho  
Quedara, y el gigante sin la vida:  
Pero faltóle entrar con pié derecho,  
Y así salió la espada rebatida,  
Aunque á pesar del sobrepeto grueso  
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa  
Como á este tiempo el desleal Bramante,  
Ni ánimo de arrogancia tan briosa  
Que no dude ponerse delante.  
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,  
Alterada de un áspero levante,  
Con ambas manos el alfanje afierra,  
Para dar de una vez fin á la guerra:





Hizo ademan el moro de esperalle  
 A la menguante sombra de su escudo,  
 Y él con tanto furor bajó á buscallo,  
 Que mal ejecutar su golpe pudo:  
 Mas el diestro español al desviallo,  
 La espada así encarnó su filo agudo,  
 Que entre el reparo, y el salir de tajo,  
 Una pieza le echó del hombro abajo.  
 Segundóle al pasar otra herida,  
 Y otra y otra dobló mas peligrosa,  
 Y entre una y otra malla desmentida  
 Una punta halló puerta sabrosa:  
 Pudiera por allí salir la vida  
 A encarnar mas la espada venturosa,  
 Y contentóse con dejar caliente  
 De roja sangre una copiosa fuente.  
 No pareció á Braban caso seguro  
 Briosos esperar á tanta gallardía,  
 Ni de sus planchas, ni en su temple duro,  
 Ni de su fuerza ni su maña fia:  
 Parécele ya estrecho el ancho muro,  
 Que antes un mundo entero no temia,  
 Y nada sano el combatir ligero,  
 Si es cual parece su contrario acero.

Mas ya en rabiosa cólera encendido  
 Los golpes redoblando sin concierto,  
 A no ser encantado el combatido,  
 De cualquiera quedara dellos muerto:  
 Está fuera el gigante de sentido;  
 Que un monte hubiera con su espada abierto,  
 Y halla á su contrario mas constante  
 Que á un tierno vidrio un muro de diamante.  
 No sabe por qué via aprovecharse  
 De enemigo tan fuerte y poderoso,  
 Ni como con su cólera vengarse,  
 Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:  
 Al fin como no puede reportarse,  
 Ni su espada hacer un lance honroso,  
 Resuélvese en cogerle entre los brazos,  
 Y allí hacerle á su placer pedazos.  
 Con nudos mil le ciñe, y le recoge,  
 Y de su maña y fuerza se aprovecha,  
 Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,  
 Ya en la lucha se empina, ya se estrecha:  
 Ya de los hombros con furor le coge,  
 Y aquí y allí le vuelve, y le desecha,  
 Bien que así Ferragut su fuerza alienta,  
 Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando  
 Con pertinaz porfia y fuerza estraña,  
 Perdiendo tierra á veces y ganando,  
 Ya las fuerzas probando, ya la maña:  
 Las vueltas de fortuna esperimentando,  
 Que al vanamente confiado engaña,  
 Y al loco con favores desvanee,  
 Y al atrevido ensalza y favorece.  
 De la prolija lucha ya enfadado  
 Hizo pié el de Aragon en un recuesto,  
 Y de un vaiven sin maña y tiempo dado  
 Su enemigo de sí echó descompuesto:  
 Y él de su misma furia arrebatado  
 Sin pensar se halló en el suelo puesto,  
 Y Bramante en sus pasos tropezando  
 Largo trecho tras dél fué trabucando.  
 Mas sin mostrar ni sombra de recelo  
 Que pudiese agraviar su fortaleza,  
 Bramando al aire, y escupiendo al cielo,  
 De nuevo la cruel batalla empieza:  
 Y la espada esgrimiendo en raudos vuelos  
 A dos manos de encima la cabeza,  
 Con tal furor descende, y tal ruido,  
 Que dejó á su contrario sin sentido.  
 Y otro y otro segunda, y otros ciento  
 Así apriesa, que un yunque de diamante  
 No resistiera el fuerte movimiento  
 Del desabrido hermano de Morgante:  
 Y el de Ulid con enfado y corrimiento  
 De verse así tratar, bravo, arrogante,  
 Contra el firme enemigo que le enoja  
 El roto escudo y la paciencia arroja.  
 Tembló el córcega infiel al grito fiero  
 Que el de Aragon bramó determinado  
 De dar á sus porfias el postrero  
 Y ultimo golpe á lo que habia empezado:  
 No se vió rostro ni semblante entero,  
 Ni corazon de veras reportado,  
 Que del general miedo el pasmo frio  
 Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio:  
 Y él con la gallardía acostumbrada,  
 Y firme pulso que su brazo encierra,  
 La peligrosa relumbrante espada  
 Con ambas manos afrentado afierra:  
 Y á dejar en su filo averiguada  
 Su clara fama, y la dudosa guerra,  
 Sobre el ya temeroso rey Bramante  
 Bajó el aire cortando resonante.  
 No en ademan mas vivo y mas gallardo  
 Júpiter sobre Encélado levanta  
 La altiva diestra, cuyo ardiente dardo  
 A todo el mundo, y no al gigante espanta:  
 Cuando el Etna encendido á su resguardo  
 Desde la cumbre tiembla hasta la planta,  
 Que ya de Doralice el nuevo amante  
 La espada alzó contra el sensual gigante.  
 Y en tan lleno furor bajó derecho  
 El filo agudo por el aire blando,  
 Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho  
 Las entrañas y el vientre palpitando,  
 Dos partes el gran corso quedó hecho  
 Y en medroso silencio resonando.  
 Por las doradas bóvedas corriendo  
 Un rato el eco fue del golpe horrendo.  
 Así rayo veloz al viejo encino,  
 Que antes servia de sombra á todo un llano  
 Al suelo arroja en trueno repentino,  
 Y el eco asorda al valle comarcano:  
 Vuelve medroso huyendo del camino  
 El que á su abrigo va á ampararse en vano  
 Tiembla el pastor, y el segador se admira,  
 Y el dueño del rastrojo calla y mira.  
 Tales los circunstantes admirados  
 Dejó el no visto golpe poderoso,  
 De asombro los contrarios retirados,

Y de miedo encogido el mas brioso:  
 Los dos que Ferragut halló cercados  
 En trance sin su ayuda peligroso  
 Ya libres en pomposa vanagloria  
 El parabien le dan de tal victoria,  
 El grave Estordian, rey granadino,  
 Era dellos el uno, otro el anciano  
 Galirtos, rey de Alora, su vecino,  
 De edad madura, y corazon lozano,  
 Que en seguimiento al robo peregrino  
 Que Braman hizo á un bosque comarcano  
 En Doralice por librar su daño  
 Al riesgo entraron del castillo estraño  
 Mas ya dejando libre la guarida,  
 Antes de tantos prisioneros llena,  
 La tierra en su quietud restituida  
 Libre se vió de sobresalto y pena:  
 Y la Argentina sierra antes temida,  
 Rota ya del tirano la cadena,  
 Se llamó con el nombre que hoy le dura  
 Desta seguridad Sierra Segura.  
 Cada uno desde allí tomó el camino  
 Que mas á su propósito hacia,  
 Este á su patria, el otro á su destino,  
 Conforme el fin ó el gusto que le guia:  
 El amante de Arleta al granadino  
 Hasta su reino hizo compañía,  
 Y Galirtos tambien lleno de antojos  
 Tras Doralice, y sus alegres ojos  
 Fue rey de aquellos siglos celebrados  
 Galirtos por vejez y alma altanera,  
 Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,  
 Los ojos vivos, la faccion severa:  
 Ya los dientes la edad le habia robado  
 Y no la libre lengua palabrera,  
 Porque en sus amorosas ocasiones  
 Lo que en gusto saltare dá en razones  
 Habia gozado ya de la influencia  
 Suave de los seis planetas de oro,  
 Y en la helada decrépita cadencia  
 La marchita vejez del cauto moro:  
 En el periodo andaba, y la presencia  
 Del frio Saturno, en quien está el tesoro  
 De gravedad, de peso y de juicio,  
 Que en otros es virtud, en él fue vicio.  
 Era de universal gusto notado  
 De antojadizo amor sin fundamento,  
 Libre por rey, por hablador cansado,  
 Y por amante la region del viento:  
 Qué torpe mudo no será cansado?  
 Qué largo hablador dará contento?  
 O á quien no cansa, si al extremo toca  
 O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?  
 Pues deste rey, ya amante temerario  
 A Doralice sigue el gusto entero,  
 Y por el mismo trae de ordinario  
 Un enano sutil por escudero:  
 En gesto seco, en el vestido vario  
 En la habla un millon, en bulto un cero  
 En orgullo jayan, y el cuerpo todo  
 Como de la encogida mano al codo.  
 Tratando en risa su persona apuesta  
 El Cid aragonés, y el granadino  
 Al sombrío cruzar de una floresta  
 El enfado engañaban del camino:  
 Que menos ocasion y causa que esta  
 Lo suele hacer, y el bulto peregrino  
 Del pequeñuelo enano en lo restante  
 Para ocupar el tiempo fue gigante,  
 Que su dueño que hablara sin cansarse,  
 Mas que una ciega Babilonia entera,  
 Y ahora el nuevo placer le hace estremarse,  
 Que la alegría de suyo es gran parlar:  
 Por mostrar su elocuencia, y señalarse,  
 Volviendo por su enano una quimera